

NEW LEFT REVIEW 147

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2024

ENTREVISTA

RASHID KHALIDI El cuello y la espada 7

ARTÍCULOS

TONY WOOD México en estado de cambio 44

CÉDRIC DURAND Paisajes del capital 77

RADHIKA DESAI ¿El punto álgido de la *hindutva*? 97

REBECCA LOSSIN La mirada múltiple 123

CRÍTICA

GREY ANDERSON El imperio al desnudo 137

SANJAY SUBRAHMANYAM Sangre y pompa 156

OWEN HATHERLEY ¿Dentro y contra el laborismo? 167

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
td traficantes de sueños



CÉDRIC DURAND

PAISAJES DEL CAPITAL

La economía política de Brett Christophers

EN UNA SERIE de cuatro libros publicados en solo seis años, el geógrafo inglés Brett Christophers ha desarrollado una rigurosa crítica empírico-histórica del capitalismo contemporáneo. Hoy día son pocos quienes dudan de que la ofensiva neoliberal, lanzada a finales de la década de 1970 para resolver la crisis mundial de rentabilidad y hacer retroceder a un movimiento obrero insurgente, ha provocado el aumento de la desigualdad, el descenso de los salarios reales, la subida vertiginosa de los precios de los activos, la inestabilidad financiera y la devastación ecológica. Christophers se propone, sin embargo, al hilo del análisis de las actividades de las corporaciones más poderosas, esto es, del análisis de sus decisiones de inversión, de sus carteras de activos y de sus modelos de negocio, mostrar con precisión cómo se ha producido esta transformación. ¿Cuáles son sus ramificaciones concretas? ¿Cómo afecta ello a la vida cotidiana y a las relaciones sociales consideradas desde un punto de vista más amplio?

Christophers planteó por primera vez estas cuestiones en *The New Enclosure* (2018), libro en el que examinó la privatización del suelo registrada en Gran Bretaña, que fue seguido por *Rentier Capitalism* (2020), texto en el que analizó cómo el país ha sido remodelado por la monopolización de otros recursos escasos. El ámbito de su trabajo se fue ampliando, aunque sin abandonar en general la esfera occidental, quedando plasmado en *Our Lives in Their Portfolios* (2023), que abordó el auge de las empresas de gestión de activos, y en *The Price Is Wrong* (2024), donde examina los obstáculos que enfrenta la transición hacia la energía verde. Conjuntamente, estos estudios representan un impresionante intento de diseccionar la bestia capitalista y comprender su funcionamiento interno. El autor describe su método como «político-económico,

no ideacional». Su atención se centra en las «acciones emprendidas y en su impacto», no en las teorías o en las ideologías¹. Cuestiona las políticas neoliberales en sus propios términos, comenzando por la premisa de que «la empresa privada que maximiza la obtención de beneficios siempre será más ágil, más competitiva y más eficiente, y generará mejores resultados para los consumidores», para exponer a continuación su fracaso de la mano de abundantes datos cuantitativos². Su obra, que ofrece un análisis detallado de la lógica del mercado y de las razones de comportamiento de las empresas, podría incluirse en el género de los «estudios empresariales críticos», lo que explica en parte su buena acogida en medios como *The New York Times*, *The Guardian*, el *Financial Times* y *Bloomberg*.

A pesar de estos laureles del *establishment*, la obra de Christophers se inscribe en una tradición que se remonta a David Harvey, Henry Lefebvre, Karl Polanyi y Marx. Sus críticas a cada uno de los sectores de la economía rentista –tierra, finanzas, infraestructuras, plataformas, servicios públicos, externalización, servicios regulados públicamente, etcétera– ya son bastante mordaces por sí mismas, pero conjuntamente constituyen una demoledora acusación exhaustiva contra el actual modo de acumulación. Al documentar el impacto social de las prácticas empresariales cotidianas, esta crítica no solo socava la mitología del neoliberalismo, sino que pone en tela de juicio las instituciones más fundamentales de la propiedad privada y de la coordinación mediante el mercado. El lector no puede sino llegar a la conclusión de que, en palabras del gran economista ecológico William Kapp, «cuanto más confía un sistema económico en los incentivos privados y en la búsqueda del beneficio privado, mayor es el peligro de que genere costes sociales externos “no remunerados”»³.

La formación inusualmente amplia de Christophers ayuda a explicar la originalidad de su obra. Nacido en Croydon, municipio del sur del Gran Londres, estudió Geografía en Oxford y a continuación en la University of British Columbia Británica a principios de la década de 1990, escribiendo la tesis de su Master of Arts sobre la misión anglicana de John Booth Good entre el pueblo de los *nlaka 'pamux* del cañón del río Fraser

¹ Brett Christophers, *Rentier Capitalism: Who Owns the Economy, and Who Pays for It?*, Londres y Nueva York, 2020, pp. 23-24.

² Brett Christophers, *The Price Is Wrong: Why Capitalism Won't Save the Planet*, Londres y Nueva York, 2024, p. 55.

³ Karl William Kapp, *The Social Costs of Business Enterprise*, 2ª ed., Nottingham, 1978, p. 14; ed. cast.: *Los costes sociales de la empresa privada*, Madrid, 2006.

de esa misma provincia canadiense. Publicada posteriormente como *Positioning the Missionary* (1998), la tesis analizaba las razones por las que los *nlaka'pamux* adoptaron el cristianismo, así como el papel contradictorio que desempeñaron los misioneros en el proyecto colonial británico⁴. A su regreso al Reino Unido a principios del milenio, trabajó como analista en PricewaterhouseCoopers y empezó a asesorar a clientes de capital riesgo sobre estrategias de adquisición de activos, a elaborar modelos financieros para grandes empresas europeas y a formar a las empresas sobre campañas publicitarias, asociaciones comerciales e innovación tecnológica. Estaba a punto de convertirse en socio de Mercer cuando decidió volver al mundo académico en 2005. Su doctorado por la Universidad de Auckland consistió en un estudio comparativo de los mercados televisivos en el Reino Unido y Nueva Zelanda que abordó su imbricación con la economía estadounidense⁵. En 2008 fue contratado por la Universidad de Upsala, donde actualmente enseña en el Departamento de Geografía.

Este currículum global dotó a Christophers de las herramientas de un geógrafo histórico, así como de los conocimientos técnicos de un experto en capital riesgo. Su trabajo se centra en la cuenta de resultados, siguiendo el consejo de Mary O'Sullivan de que la tarea del historiador económico consiste en «profundizar en el carácter de los beneficios», es decir, en los procesos por los que se obtienen, cómo los entienden los empresarios y cómo ambos factores han cambiado a lo largo del tiempo. Doreen Massey ha sido para él una influencia importante, así como Harvey, cuyo trabajo enseñó a Christophers que «hasta que el capitalismo no sea desmitificado, no podrá ser reemplazado», y que el mejor modo de hacerlo es investigar sus dimensiones espaciales y temporales⁶. Sin embargo, Christophers también ha intentado tender puentes entre la economía política marxista y otros enfoques heterodoxos contemporáneos, como el de Piketty sobre la desigualdad o el de Callon sobre la performatividad del mercado, argumentando que la primera no puede sobrevivir a menos que conecte con la producción teórica que cuenta con un «atractivo académico más amplio»⁷. A juzgar por la acogida que ha

⁴ Brett Christophers, *Positioning the Missionary: John Booth Good and the Confluence of Cultures in Nineteenth-Century British Columbia*, Vancouver, 1998.

⁵ Charlie Baker, «The Price Is Wrong Is Another Work of Whistling Ambition from Brett Christophers», *Spear's*, 26 de enero de 2024.

⁶ Brett Christophers, «The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism», reseña publicada en *Progress in Human Geography*, vol. 35, núm. 4, 2011, p. 579.

⁷ Brett Christophers, «From Marx to Market and Back Again: Performing the Economy», *Geoforum*, vol. 57, 2014, p. 20.

tenido, este intento de introducir una crítica fundamentada en Marx en los debates predominantes ha tenido un éxito notable. ¿Cómo debería valorarse su obra política e intelectualmente?

Vender Gran Bretaña

The New Enclosure, el primer libro de la serie informal de Christophers, reflexiona sobre el hecho extraordinario y apenas reconocido de que, desde la elección de Thatcher en 1979, han sido vendidas por entidades públicas dos millones de hectáreas de suelo británico, equivalente al 10 por 100 de la superficie total del país, en lo que constituye la mayor privatización de la historia de Gran Bretaña. El suelo, observa Christophers, es el «vehículo ideal tanto para el almacenamiento como para la distribución de valor», dada su «finitud y ubicuidad» simultáneas. Se calcula que el precio de mercado de estos activos supera ampliamente los 400 millardos de euros, pero a menudo se han vendido a precios de ganga, privando a los entes públicos de unos ingresos vitales y limitando su capacidad de inversión. Entretanto, sus nuevos propietarios han obtenido pingües beneficios. El sector inmobiliario duplica el tamaño de cualquier otro sector, lo que lo convierte en la principal fuente de crecimiento económico del Reino Unido, alcanzando la riqueza inmobiliaria el enorme valor de 8,1 billones de libras. Los ministros de Thatcher prometieron que esta liquidación propiciaría la construcción de más viviendas, una mayor eficiencia y la regeneración de las comunidades, pero ninguno de estos objetivos se ha cumplido. En lugar de ello, el estrato más pobre de la población ha visto cómo el coste del alquiler, en proporción a sus ingresos, aumentaba drásticamente, pasando aproximadamente del 25 al 45 por 100 entre 1985 y 2015.

¿Cómo han conseguido las elites el consentimiento para esta política desastrosa? En primer lugar, envolviéndola en la oscuridad, toda vez que, en una fecha tan tardía como 2005, menos de la mitad de la propiedad de la superficie de Inglaterra y Gales estaba registrada oficialmente. En segundo lugar, presentando el programa de privatizaciones y, en particular, la política de Thatcher conocida como *right to buy*, que permitía a los inquilinos de viviendas sociales comprar sus viviendas, como base de una opulenta «democracia de propietarios». Sin embargo, tal y como muestra Christophers, la propiedad individual ha retrocedido significativamente desde el cambio de milenio. Más del 40 por 100 de los pisos de protección oficial vendidos conforme al programa *right to*

buy en Inglaterra se alquilan ahora de forma privada. La mayor parte del nuevo suelo cercado ha sido acaparado por promotores inmobiliarios, cuyo objetivo es mantener los precios de la vivienda mediante la protección del valor de sus activos y los beneficios financieros que generan, perpetuando así la escasez. Para ello se valen de una regulación laxa, que impone escasas obligaciones sociales a los especuladores.

Al destruir los bienes comunes y agotar los recursos del sector público, esta redistribución masiva hacia arriba ha hecho cada vez más difícil para las administraciones públicas locales proporcionar servicios sociales, desde viviendas asequibles y hospitales a instalaciones de ocio, zonas de juego infantiles y parques. Ha creado también una inseguridad habitacional endémica y ha dejado grandes extensiones de suelo a merced de los caprichos de los inversores internacionales. Este saqueo puro y duro, concluye Christophers, no es un rasgo marginal del orden económico contemporáneo, sino que está «a la vanguardia de la acumulación y el crecimiento capitalistas modernos». «La financiarización, el dominio del mercado, la mercantilización y el afianzamiento del poder de clase» se han venido identificando generalmente como rasgos definitorios del neoliberalismo. Pero, para Christophers, la característica esencial de este último es el «asalto a la propiedad pública», que transforma hasta el suelo que pisamos en un objeto de intercambio⁸.

Auge del rentista

Rentier Capitalism amplía la investigación de Christophers sobre el papel de Gran Bretaña como vanguardia neoliberal. Comienza destacando la inadecuación de las concepciones heterodoxas y ortodoxas del rentismo. Las primeras, que parten de la teoría de la renta de la tierra de Smith y Ricardo y llegan hasta Piketty y sus colegas, hablan de ingresos derivados de activos, mientras que en la tradición neoclásica la «renta» describe el excedente de beneficios que permite el poder de monopolio. Christophers argumenta que ninguna de las dos concepciones es suficiente por sí sola para explicar el funcionamiento de la renta. La concepción heterodoxa tiende a ignorar la forma en que se valoran los activos en el mercado, mientras que la ortodoxa omite la dinámica de la propiedad privada. Sintetizando ambas corrientes, él define la renta como «el ingreso derivado de la propiedad, posesión o control de bienes

⁸ Brett Christophers, *The New Enclosure: The Appropriation of Public Land in Neoliberal Britain*, Londres y Nueva York, 2018, p. 18.

escasos en condiciones de competencia limitada o inexistente»⁹. A continuación, describe cómo opera este modelo de búsqueda de beneficios en seis sectores fundamentales de la economía británica: el suelo, las finanzas, los recursos naturales, la propiedad intelectual, las plataformas digitales y la industria de la subcontratación. Al igual que Dani Rodrik ha expuesto cómo el supuesto «libre comercio» fortalece el dominio de las multinacionales¹⁰, Christophers echa por tierra la idea de que la mercantilización haya fomentado la competencia o aumentado la eficiencia. El rentista es un acaparador por definición, escribe, un actor comercial que acorralla a los mercados para subir los precios lo máximo posible¹¹. Sus actividades conducen inevitablemente a la concentración de la riqueza, disminuyen la inversión y la innovación, reducen las rentas del trabajo y restringen la demanda.

Christophers cita las tesis de Nairn-Anderson para argumentar que Gran Bretaña es un Estado rentista «por predisposición histórica», dominado por terratenientes y financieros desde el siglo XVIII. Estos intereses fueron temporalmente domeñados por el acuerdo socialdemócrata instaurado tras la Segunda Guerra Mundial, a tenor del cual los monopolios fueron obligados a renunciar a los carteles de fijación de precios para mantener su poder y al predominio del modelo del arrendamiento gestionado por los grandes tenedores de suelo y vivienda en beneficio del Estado, que expulsó en gran medida del mercado a los grandes arrendadores privados. Sin embargo, a partir de la década de 1980 el «rentismo» se ha vuelto a imponer en todos los ámbitos importantes de la actividad económica, de los remanentes de la industria pesada al sector servicios en proceso de expansión. Este es el resultado de cuatro procesos políticos que Christophers documenta en detalle: la privatización, descrita en *The New Enclosure*; la neutralización de la ley de la competencia, que ha erosionado sistemáticamente las protecciones antimonopolio; las políticas tributarias diseñadas a medida de los rentistas, que incluyen lagunas fiscales y subvenciones, y las políticas monetarias como la flexibilización cuantitativa, que han impulsado los precios de los activos¹².

⁹ B. Christophers, *Rentier Capitalism: Who Owns the Economy, and Who Pays for It?*, cit., pp. xxiii-xxiv.

¹⁰ Dani Rodrik, «What Do Trade Agreements Really Do?», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 32, núm. 2, primavera de 2018.

¹¹ Javier Moreno Zacarés, «¿Euforia del rentista?», *NLR* 129, julio-agosto de 2021, p. 51.

¹² B. Christophers, *Rentier Capitalism: Who Owns the Economy, and Who Pays for It?*, cit. pp. 3, 19, 24-28.

Aunque el periodo neoliberal suele entenderse en términos de «financiarización», Christophers rechaza esta rúbrica, que «privilegia una vertiente de una transformación estructural más amplia e ignora todas las demás». Él habla en cambio de «rentización» para referirse al denominador común, que afecta por igual a los sectores industriales y no industriales¹³. Rastrea las innumerables formas en las que el Estado se ha confabulado con los intereses privados a fin de consolidar este modelo de acumulación para lo cual este ha ampliado el alcance de los derechos de propiedad intelectual, fortaleciendo la protección de los derechos de autor, que benefician a las grandes empresas británicas de los sectores aeroespacial, biotecnológico, de bienes de consumo y farmacéutico; ha utilizado los proyectos de infraestructuras y la legislación urbanística para inflar el valor del suelo; ha trabajado estrechamente con el *lobby* de los combustibles fósiles para garantizar el flujo continuo de las rentas procedentes de los recursos naturales, y ha apuntalado los privilegios de «fijación de precios» de los grandes bancos, garantizando así que sus beneficios no se vean mermados por los recortes de los tipos de interés¹⁴. El efecto combinado de estas intervenciones es un precario edificio económico construido sobre un crecimiento estancado, una productividad minada y un poder de monopsonio, al que se añade un consumo impulsado por el alto endeudamiento de los hogares.

Para Christophers, en contra de lo afirmado por Schumpeter y Anwar Shaikh, estas dolencias no son una distorsión del capitalismo ni un signo de que esté funcionando mal, sino que constituyen en realidad algunas de sus características naturales. En la sociedad de mercado, el poder rentista tiene la tendencia inherente a reproducirse. La «edad de oro» de la producción industrial del periodo de posguerra fue una excepción fugaz, ganada gracias a guerras y revoluciones, que invirtió las tendencias endógenas del sistema. «Si la renta es el destino lógico del capital», escribe Christophers, «la devastación social y económica puede ser a su vez el destino lógico de la renta». Es necesario, pues, contar con un programa radical para implementar la «desrentización» mediante las correspondientes leyes antimonopolio, una fiscalidad redistributiva y una política industrial dirigida a apoyar la inversión productiva, la energía verde y la propiedad pública. Si el rentismo es la verdadera cara del capitalismo, sostiene Christophers, entonces estas reformas serían

¹³ *Ibid.*, p. 5.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 152-159, 351-352, 132, 76.

necesariamente no reformistas y su implementación nos alejaría «del propio capitalismo, llevándonos hacia otra cosa»¹⁵.

La clase de los tenedores de activos

Mientras que *The New Enclosure* y *Rentier Capitalism* se ocupaban principalmente de las políticas públicas, la obra más reciente de Christophers se centra en el comportamiento de las empresas, lo que le permite trascender las fronteras británicas e internacionalizar su concepción. *Our Lives in Their Portfolios* es un libro profundamente inquietante, cuyo título debe tomarse al pie de la letra. Desde la década de 1990 muchas de las bases materiales de la vida humana como la vivienda, el agua, la energía, el transporte, la sanidad o la agricultura han pasado a manos de los titanes de la gestión de activos. Todo, desde el apartamento que alquilas hasta la electricidad que usas, pasando por el autobús en el que viajas, se ve afectado por los dictados comerciales de empresas como Blackstone, Macquarie o Brookfield. De los 100 billones de dólares de los activos de los fondos de pensiones y seguros gestionados por este sector, cuatro quintas partes se invierten en acciones y participaciones por medio de los «tres grandes» –BlackRock, Vanguard y State Street–, lo que lleva al economista político Benjamin Braun a plantear una nueva forma de «capitalismo de gestores de activos»¹⁶. Si bien el porcentaje invertido en «activos reales» es menor, afirma Christophers, estas instituciones a menudo microgestionan sus carteras, que ahora abarcan «sistemas vitales de la reproducción social», dando lugar a una forma de «sociedad gestora de activos». «Es el gestor de activos quien decide cómo se explota comercialmente el activo: a quién se vende la electricidad, si deben aumentarse los peajes de las carreteras o cómo deben arrendarse los terrenos agrícolas»¹⁷. Al explotar estos activos, «los gestores de los mismos asumen cada vez más el papel de cuasigobiernos (si bien no elegidos)»¹⁸. Tienen el poder de desahuciar a barrios enteros, de construir autopistas y puentes, de crear nuevos parques eólicos o de extraer combustibles fósiles.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 421, 408.

¹⁶ Benjamin Braun, «Asset Manager Capitalism as a Corporate Governance Regime», en J. S. Hacker *et al.* (eds.), *The American Political Economy: Politics, Markets and Power*, Cambridge, 2021, p. 270; véase también Davidson Heath *et al.*, «Do Index Funds Monitor?», *The Review of Financial Studies*, vol. 35, núm. 1, 2022.

¹⁷ Brett Christophers, *Our Lives in Their Portfolios: Why Asset Managers Own the World*, Londres y Nueva York, 2023, p. 37; de próxima aparición en castellano en la editorial Traficantes de Sueños.

¹⁸ *Ibid.*, p. 115.

Las condiciones para esta apropiación se fraguaron durante la década de 1980 al hilo de la contracción del gasto público, la venta de propiedades públicas y los cambios normativos, políticas todas ellas que permitieron a los inversores obtener mayores excedentes de los «activos reales». En este nuevo entorno macroeconómico, el capital empezó a ver en las infraestructuras y en el sector inmobiliario oportunidades de «diversificación no correlacionada», que ofrecían rendimientos de bajo riesgo en gran medida inmunes a los cambios registrados en las condiciones generales del mercado. Dado que los principales inversores institucionales carecían de la «escala y experiencia» necesarias para invertir en activos reales, la tarea recayó en las empresas de gestión de activos, que empezaron a crecer como la espuma. El Nuevo Laborismo y otros gobiernos afines les ofrecieron lucrativos contratos de alianzas público-privadas, ya que el Estado, maltrecho y debilitado, se mostraba incapaz de financiar proyectos de infraestructuras a gran escala. Incrementaron su escala tras el *crack* de 2008, cuando unos tipos de interés extraordinariamente bajos llevaron a los inversores a abandonar los bonos en favor de activos de mayor riesgo. Desde entonces, la demanda de los servicios de gestión de activos se ha visto alimentada por la ansiedad ante el «déficit de infraestructuras»: el temor a que los Estados no puedan mantener el ritmo de la inversión pública necesaria ante el deterioro de los servicios públicos de la era keynesiana y los efectos del cambio climático. Los políticos actuales se muestran cada vez más partidarios de «eliminar riesgos» de las inversiones recurriendo a la gestión de activos, opción que canaliza aún más dinero público al sector privado¹⁹.

Christophers ofrece un balance socioeconómico aleccionador de esta «sociedad de gestores de activos». Identifica tres «reglas de oro» por las que se rigen estos fondos: maximizar los ingresos, minimizar los costes de explotación y evitar los gastos de capital²⁰. En la mayoría de los casos estos fondos de gestión de activos se niegan a asumir obligaciones a largo plazo derivadas de la misma y externalizan cualquier riesgo a las entidades públicas. Los directivos están sometidos a una presión constante para reducir los gastos generales de explotación a fin de garantizar un flujo constante de ingresos a los rentistas junto con unas ganancias de capital exorbitantes una vez que sus mercancías son revendidas. La desigual distribución de los beneficios se traduce en que los fondos siempre se beneficiarán mucho más que sus socios institucionales y que aquellos cuyos ahorros invierten (contribuyentes, pensionistas, etcétera). También

¹⁹ *Ibid.*, pp. 75-82, 90-98.

²⁰ *Ibid.*, pp. 196-202.

se recurre a prácticas de optimización fiscal para garantizar que el excedente que revierte al Estado sea el mínimo posible. Los resultados de esta ingeniería financiera están a la vista: por un lado, la degradación generalizada de la vida de la gente corriente: casas ruinosas, agua contaminada, aumento de los precios de los alimentos, la energía y el transporte; y, por otro, los superbeneficios de los gestores de fondos.

Ecopolanyismo

Una característica constante de la obra de Christophers es el intento de demostrar que el capitalismo se rige por los beneficios más que por la eficacia y que cuando ambos entran en conflicto, son los primeros los que se imponen. *The Price is Wrong* abunda en esta idea para explicar por qué en el sector de la electricidad –pivote del futuro régimen de bajas emisiones de carbono– la «transición verde» impulsada por el mercado no se está materializando con suficiente rapidez. A pesar del reconocimiento generalizado de que se precisa un cambio urgente hacia las energías renovables para reducir las emisiones de carbono, lo cierto es que el uso de combustibles fósiles sigue aumentando. En 2022 estos últimos generaron el 61 por 100 de la electricidad mundial, mientras que la energía eólica y la solar tan solo generaron el 12 por 100 conjuntamente. El consumo crece a un ritmo mucho más rápido que la oferta de las renovables. Antes se pensaba que su elevado coste en comparación con el del petróleo, el carbón y el gas era el principal obstáculo para el cambio, pero gracias a la intervención estatal en forma de subvenciones industriales y precios garantizados, además del progreso tecnológico y las nuevas economías de escala, las fuentes de energía sostenibles son competitivas desde hace varios años hasta el punto de que las últimas estimaciones sugieren que son la forma más barata de energía. Aun así, los objetivos medioambientales siguen siendo difíciles de alcanzar. Cada vez que los gobiernos intentan reducir el apoyo financiero a la infraestructura verde, dando por sentado que es capaz de competir con su contraparte sucia, la construcción de turbinas y paneles solares disminuye.

Para explicar esta paradoja, Christophers demuestra que el coste no es, ni mucho menos, el único factor a tener en cuenta en la búsqueda de beneficios, a pesar de la famosa máxima de Marx de que «la batalla de la competencia se libra abaratando las mercancías». Basándose en los trabajos de Andreas Malm, Christophers demuestra que la fatídica decisión de los industriales británicos de sustituir la energía hidráulica por el carbón

y el vapor no se tomó en razón de su coste, sino de la rentabilidad²¹. De acuerdo con el resumen presentado por Christophers, el carbón, al ser espacialmente flexible, seguro y abundante en el mercado, permitió al capital asegurarse un suministro fiable y disciplinado de mano de obra. Cuando se trata de la electricidad verde, en cambio, la rentabilidad es esquiva. La producción y distribución en el fragmentado mercado neoliberal es un proceso complejo, que exige una importante inversión inicial, la cual puede no recuperarse durante los próximos años. Al tratarse de un sector relativamente joven caracterizado por la existencia de pocas barreras de entrada, la energía verde está sujeta a una mayor competencia, lo cual reduce aún más los márgenes de beneficio. Los Estados han intentado compensar estas deficiencias mediante una serie de desgravaciones fiscales, pero los problemas subyacentes persisten.

Entre ellos se cuenta el llamado «efecto canibalización» a tenor del cual «las energías renovables socavan potencialmente las condiciones de su propia viabilidad y crecimiento futuros», precisamente en virtud de su propio éxito a la hora de reducir el precio de la electricidad. Si el abaratamiento de las energías renovables es bueno para los clientes, lo contrario puede ser cierto para los inversores. «Cuanto más abarate el despliegue de las energías renovables los precios al por mayor de la electricidad en general, tanto más las empresas que esperan construir la próxima generación de parques eólicos y solares del mundo se enfrentarán a la perspectiva de una disminución de los ingresos potenciales de esas futuras instalaciones»²².

Esto explica por qué las grandes compañías petroleras, decepcionadas por los rendimientos de las inversiones ecológicas, están planeando ampliar su capacidad de extracción de combustibles fósiles. Simplemente no hay razón alguna para que el sector abrace una transición altamente disruptiva, que podría reducir los costes a expensas de los accionistas. *The Price Is Wrong* cita a Martin Wolf: «Si bien es posible impedir que las empresas hagan cosas rentables, es imposible hacer que hagan cosas que consideran insuficientemente rentables»²³. Para Christophers, la explicación de todas estas dificultades a la hora de sostener la transición

²¹ Andreas Malm, *Fossil Capital: The Rise of Steam Power and the Roots of Global Warming*, Londres y Nueva York, 2016; ed. cast.: *Capital fósil: El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, Madrid, 2020.

²² B. Christophers, *The Price Is Wrong: Why Capitalism Won't Save the Planet*, cit. pp. 225-226.

²³ Martin Wolf, «Dancing on the Edge of Climate Disaster», *Financial Times*, 23 de noviembre de 2021, citado en *ibid.*, p. 143.

ecológica a través del mercado es sencilla: ante todo, la electricidad no es un objeto adecuado para su mercantilización y esta es la razón por la que su comercio requiere tantas medidas accesorias y reglas especiales. Debe entenderse como una mercancía ficticia, en el sentido atribuido a este término por Polanyi, junto con la tierra, el trabajo y el dinero: no es una «mercancía real» hecha para el mercado, sino una forma esencial de infraestructura. A partir de aquí, solo puede llegarse a una conclusión: «Hay que sustraer al sector privado la responsabilidad en materia de generación de energía renovable», la cual no puede considerarse que sea lo suficientemente rentable como para que el sector privado la desarrolle «tan urgente y masivamente como necesitamos»²⁴. La propiedad pública es esencial por la razón opuesta a la esbozada en *Rentier Capitalism*: no para frenar los beneficios excesivos, sino para compensar los insuficientes.

Más allá de los mercados

El logro empírico-analítico de Christophers es formidable. Su evaluación de la contrarrevolución thatcheriana y de sus legados socioeconómicos es insuperable: lúcida, contundente y extensa. Tampoco son muchos los economistas contemporáneos que hayan realizado un análisis de tal calidad de las actividades corporativas y de sus implicaciones sociales. Su crítica inmanente de las reformas neoliberales es vigorosa: desafía la opinión predominante en sus propios términos, negándose a sucumbir a la melancolía o al derrotismo que en ocasiones afectan a la izquierda y registrando la necesidad de bosquejar una economía política alternativa. Pero, ¿qué habría de implicar esta última? En primer lugar, significaría ir más allá de la discusión de Christophers sobre la nacionalización para considerar la dinámica más profunda de la transformación estructural. No está del todo claro en qué medida la tesis de Christophers apoya un programa de cambio sistémico distinto de la propiedad pública y la mejora de los mecanismos de mercado. Su investigación podría ser leída –y probablemente lo sea por muchos periodistas y analistas financieros– más como una exposición clara e incontrovertible de los fallos del mercado que como una acusación contra los propios mercados. Aunque sus trabajos parecen indicar ciertas vías orientadas hacia modelos de coordinación desmercantilizados, también parece abrazar reformas y paquetes normativos que no optan realmente por la planificación a gran escala.

²⁴ *Ibid.*, pp. 376-377.

Este equívoco es sorprendente, ya que las cuestiones de coordinación están omnipresentes en los estudios de Christophers. En un reciente análisis de la obra de Harvey, observa que el rentista solo puede desempeñar un «papel de coordinación positivo», si se le permite especular de forma irracional, lo cual constituye una «contradicción capitalista realmente enorme», que el sistema actual tiene pocos medios de resolver²⁵. Del mismo modo, la tesis de Christophers sobre el fracaso de los mercados a la hora de coordinar el despliegue de las energías renovables parece dar a entender que la integración vertical es necesaria para supervisar la administración de la producción de energía. Este razonamiento también podría aplicarse a procesos como la minería, como sucede en el caso de la extracción de litio, donde es necesario equilibrar el nivel de inversión de capital –y su impacto medioambiental– con los recursos necesarios para abandonar los combustibles fósiles en la producción de electricidad. Esto no puede hacerse sin recurrir a mecanismos ajenos al mercado y sin introducir cálculos puramente ecológicos, pues de lo contrario la transición ecológica estará sujeta a bruscos altibajos, ya que las empresas ajustarán sus decisiones de inversión en respuesta a las variaciones de precios a corto plazo²⁶.

Si generalizáramos estos argumentos, seguramente acabaríamos coincidiendo con Alice H. Amsden, quien afirma que cuando los precios de mercado son «erróneos», la intervención pública puede ser necesaria no para «corregirlos», sino para fijarlos en un nivel equivocado, de acuerdo con las prioridades del desarrollo²⁷. Sin embargo, esto requeriría el despliegue de controles de capital, políticas comerciales y crediticias estratégicas, así como la nacionalización de industrias e infraestructuras clave, lo cual debería traer aparejado por definición una movilización política a gran escala para establecer un régimen de planificación económica y ecológica. Las conclusiones de Christophers en *The Price Is Wrong* ponen de manifiesto esta necesidad, pero no la reconoce explícitamente. Podemos observar el mismo déficit político en *Rentier Capitalism*, donde Christophers enmarca el rentismo como el resultado de cambios políticos parciales y no como un asalto político-ideológico en toda regla. Por extensión, los remedios que propone, basados en determinadas políticas públicas (leyes antimonopolio,

²⁵ Noel Castree, Greig Charnock y Brett Christophers, *David Harvey: A Critical Introduction to His Thought*, Londres, 2022, p. 110.

²⁶ Daina Beth Solomon, «Albemarle May Lower Capex If Lithium Prices Stay Low», *Mining.com*, 2 de mayo de 2024.

²⁷ Alice H. Amsden, «Third World Industrialization: “Global Fordism” or a New Model? », *NLR* 1/182, julio-agosto de 1990.

nacionalización), no parecen registrar los cambios políticos más profundos que serían necesarios para llevarlas a cabo.

Este descuido es especialmente sorprendente a la luz del sofisticado análisis de Christophers sobre las capacidades de gestión en el capitalismo contemporáneo. Si, como escribe, los gestores de activos se han pasado décadas desarrollando la capacidad para controlar la infraestructura que poseen, entonces se plantea la interesante cuestión de cómo podría transferirse ese control a actores democráticos. ¿Qué tipo de herramientas de gestión se necesitan para ejercerlo? ¿En qué medida estas herramientas, en su forma actual, fomentan lo que Bettelheim llamó la *socialización de la posesión*, esto es, «la capacidad de poner en funcionamiento los medios de producción»?²⁸. Estas cuestiones son planteadas, pero no abordadas por Christophers, cuya aproximación minuciosa y detallada a la coyuntura económica actual a veces puede eclipsar sus posibilidades futuras.

¿Macrototalidades?

Por muy intransigente que sea el trabajo de Christophers, su preocupación por las dinámicas sectoriales también representa una especie de límite epistemológico. Adam Tooze se refirió a este punto en una de las primeras reseñas de *The New Enclosure*, donde escribió que «se puede burlar a Hayek adentrándonos en las profundidades de la maquinaria gubernamental [...]. Pero también tenemos que desafiar su insistencia en que la economía no puede representarse ni hacerse medible [...]. A pesar de sus muchas insuficiencias, debemos aferrarnos a lo *macro* tanto en la macroeconomía como en las macrofinanzas»²⁹. La obra de Christophers adolece de una cierta miopía en el sentido de que no considera la economía como una totalidad calculable. En *The Price Is Wrong*, por ejemplo, dedica varias páginas a describir la *Inflation Reduction Act* (2022) de Biden, antes de explicar que está menos interesado en «lo que este marco de apoyo logrará en la práctica que en lo que su materialización sugiere sobre la economía política contemporánea de la energía renovable»³⁰. En lugar de evaluar los efectos globales de las subvenciones verdes, se limita al análisis económico sectorial. La decisión de ceñir el

²⁸ Charles Bettelheim, *Economic Calculation and Forms of Property*, Nueva York, 1975, p. 56; ed. cast.: *Cálculo económico y formas de propiedad*, Madrid, 1973.

²⁹ Adam Tooze, «Framing Crashed (9): Christophers's *The New Enclosure*, Crashed and the Problem of Dirty and Clean Histories of Neoliberalism», blog del autor, 20 de enero de 2019.

³⁰ B. Christophers, *The Price Is Wrong: Why Capitalism Won't Save the Planet*, cit., p. 282.

planteamiento del libro al argumento central de la no rentabilidad de la transición ecológica es comprensible. Sin embargo, quienes han intentado una tarea más ambiciosa son objeto de oprobio. «Las objeciones de la izquierda a la reducción de riesgos no son especialmente útiles», nos dice Christophers, «[ya que] a menos que el Estado se arrogara la tarea de desarrollar, financiar, poseer y explotar la infraestructura de las energías renovables o bien estuviera dispuesto y fuera capaz de obligar de modo contundente a los agentes del sector privado a invertir en el desarrollo de tales infraestructuras en contra de su propia voluntad, es difícil ver qué resultado positivo podría obtenerse del rechazo a la reducción de riesgos»³¹. Christophers es un experto en lo que podría denominarse el «proceso empresarial contra el capitalismo», pero ello no basta para ganar la batalla intelectual por una alternativa.

Christophers tampoco explora los límites macroeconómicos de la «sociedad de gestores de activos», si bien toca el tema en la conclusión de *Our Lives in Their Portfolios*. Aunque las condiciones monetarias se han vuelto menos favorables para la industria de gestión de activos desde la pandemia, dada la subida de los tipos de interés, Christophers predice que el sector mantendrá su preponderancia. Y cita tres razones principales que explicarían su aparentemente brillante futuro. En primer lugar, los ingresos generados por los «activos reales» están en gran medida protegidos de la inflación, a menudo a través de la regulación estatal. En segundo lugar, el encarecimiento del endeudamiento dificulta la inversión en la expansión de las infraestructuras, lo cual limita la oferta y, por lo tanto, respalda los ingresos generados por los activos existentes. En tercer lugar, el retorno de la política industrial, junto con el cambio de los paradigmas del desarrollo internacional, parece probable que reduzcan el riesgo de inversión y aumenten los ingresos. También existe la expectativa de que «la infraestructura sea el tipo de activo que va a capturar la mayor parte de los fondos obtenidos para la transición energética»³².

Estos puntos parecen perfectamente razonables, si se consideran de forma aislada. Sin embargo, las perspectivas de la «sociedad de gestión de activos» deben evaluarse más ampliamente. Por un lado, constatamos la gestión oportunista y aleatoria de «activos» vitales para el sustento de la vida humana, orientada a la rentabilidad a corto plazo; por otro,

³¹ *Ibid.*, p. 351.

³² Madison Darbyshire y Antoine Gara, «Infrastructure Funds Draw Billions of Dollars as Energy and Supply Chains Shift», *Financial Times*, 15 de diciembre de 2023.

verificamos los efectos masivamente antiredistributivos de esta práctica. Desde la perspectiva del capital, esto genera una contradicción potencial, ya que una infraestructura deficiente, unos servicios degradados y unos costes más altos podrían dañar la productividad y la demanda efectiva. También podrían exponer al sector a reacciones políticas adversas y a cambios normativos, posibilidad que Christophers no contempla, aunque su propia investigación la haya hecho más probable.

¿Rentista o financiero?

A un nivel más fundamental, la aversión de Christophers a la macroeconomía se manifiesta en su rechazo de la «financiarización» en favor del «rentismo». Adopta la definición de Greta Krippner, a tenor de la cual los beneficios se obtienen cada vez más «a través de canales financieros en lugar de mediante la actividad comercial y la producción de mercancías». En este sentido limitado puede que esté en lo cierto y que el proceso de transformación neoliberal se entienda mejor como un proceso de «rentización» en el que, parafraseando a Krippner, los beneficios han adoptado cada vez más la forma de rentas económicas, incluidas, entre otras, las rentas financieras, en lugar de ingresos procedentes de la actividad comercial o de la producción de mercancías». Sin embargo, al centrarse en los ingresos financieros de las empresas no financieras, Krippner y Christophers pasan por alto el importante aumento de los pagos en concepto de gastos financieros –inicialmente intereses, pero sobre todo dividendos y compra de acciones propias– por parte de dichas empresas³³. Ninguno de ambos aborda la cuestión de si las posiciones acreedoras financieras sobre la economía real pueden satisfacerse a largo plazo. Se trata de una laguna importante, ya que una de las cuestiones macroeconómicas contemporáneas más apremiantes es el destino del capital ficticio, que se ha sobreacumulado a gran escala durante las últimas cuatro décadas³⁴.

Haciendo balance de la crisis de 2008, James Crotty observó que la hipertrofia del sector financiero era probablemente insostenible, no solo

³³ Joel Rabinovich, «The Financialization of the Non-Financial Corporation: A Critique to the *Financial Turn of Accumulation Hypothesis*», *Metroeconomica*, vol. 7, núm. 4, noviembre de 2019; Niall Reddy y Joel Rabinovich, «Debunking the Short-Termist Thesis in Financialization Studies: Evidence from US Non-Financial Corporations 1998-2018», Documento de trabajo 2227, Post-Keynesian Economics Society, diciembre de 2022.

³⁴ Cédric Durand, *Fictitious Capital: How Finance Is Appropriating Our Future*, Londres y Nueva York, 2017; ed. cast.: *El capital ficticio: Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*, Barcelona, 2018.

desde el punto de vista político, ya que derrocha enormes cantidades de recursos, incluyendo el trabajo humano y el saber especializados, sino también desde el punto de vista económico, dada la cantidad limitada de flujo de tesorería que la economía real puede proporcionar para sostener el valor de los activos financieros³⁵. Desde entonces, quince años de políticas monetarias no convencionales han permitido que el capital ficticio se expanda aún más. ¿Cómo podríamos entender las implicaciones de la financiarización a la luz de la advertencia de Crotty? Una definición más viable del término dividiría esta en dos fases³⁶. La primera, que comenzó a finales de la década de 1970, se caracterizó por el fortalecimiento de los agentes financieros. Durante este periodo, marcado por unos elevados tipos de interés y una rápida liberalización, la disminución de los beneficios no distribuidos de las empresas no financieras provocó una drástica ralentización de la inversión. La segunda fase, que abarca desde la década de 2000 hasta la actualidad, se ha caracterizado por el afianzamiento de la hegemonía del sector financiero y por nuevas olas de monopolización, que han permitido a las mayores corporaciones atesorar el capital que no encuentra salidas lo suficientemente rentables³⁷. A diferencia del periodo anterior, los elevados pagos financieros procedentes de los beneficios empresariales se han convertido en la consecuencia, más que en la causa, del debilitamiento de la inversión.

El diagnóstico de Christophers sobre el capitalismo contemporáneo es en muchos aspectos coherente con esta segunda etapa de la financiarización. Los capitalistas de hoy a menudo no están interesados en la valorización productiva de sus activos. De un modo u otro, su posición económica los protege de la competencia y les permite obtener los máximos ingresos con las mínimas inversiones. De este modo, los flujos de tesorería se reorientan hacia los rentistas, un proceso ayudado por los bancos centrales, que aumenta acumulativamente el peso muerto de los créditos financieros en relación con la economía real. Una vez que tenemos esto en cuenta, podemos poner en su contexto la afirmación efectuada por Christophers de que el rentismo conduce inexorablemente

³⁵ James Crotty, «Structural Causes of the Global Financial Crisis: A Critical Assessment of the “New Financial Architecture”», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 33, núm. 4, 2009.

³⁶ Tristan Auvray, Cédric Durand, Joel Rabinovich y Cecilia Rikap, «Corporate Financialization’s Conservation and Transformation: From Mark I to Mark II», *Review of Evolutionary Political Economy*, vol. 2, 2021.

³⁷ John Plender, «The Overlooked Threats to the Global Financial System», *Financial Times*, 16 de abril de 2024.

a la catástrofe social. Tal y como ha demostrado Harvey, las crisis tienden a ocurrir cuando la especulación financiera se ha desvinculado peligrosamente de la economía real. Cuando las tensiones en el paisaje de la valorización se liberan, se generan ondas de choque socioeconómicas y geopolíticas, que desvalorizan el capital y redistribuyen el valor entre grupos sociales y espacios geográficos³⁸.

Desde 2008 los banqueros centrales y los funcionarios de los diversos Departamentos del Tesoro han improvisado diversos modos de gestionar estas tendencias a la crisis. Pero las condiciones subyacentes persisten y estallan periódicamente en nuevas formas, ya sea como inestabilidad monetaria, como una creciente rivalidad geopolítica o como desorden en el propio sistema financiero. Algunos de estos síntomas son ineludibles, como la guerra comercial entre Estados Unidos y China, la lucha de la Reserva Federal por contener las consecuencias de la caída del Silicon Valley Bank o el rescate público de Credit Suisse. Pero otros son más sutiles. Los observadores más atentos han notado que hace poco han empezado a aparecer grietas en el mundo de las finanzas privadas. Durante todos y cada uno de los años transcurridos desde 2018, las empresas de *private equity* han tomado más dinero de los inversores del que les han retornado en concepto de ganancias. Con las estimaciones de valoración distorsionadas por el hecho de que los gestores de activos a menudo se compran activos entre sí, esto ha dado lugar a un esquema cuasi piramidal, que solo puede mantenerse mientras siga entrando dinero fresco. Aunque aun no se han producido grandes trastornos, las señales de alarma se multiplican, mientras los gestores de activos tienen dificultades para vender sus empresas e infraestructuras a los precios esperados. En la actualidad hay activos por valor de 3,2 billones de dólares sin vender por temor a que las operaciones se salden con pérdidas³⁹.

Dos caminos

Una de las cuestiones que plantea el trabajo de Christophers es, por consiguiente, si el rentismo debe considerarse el estado por defecto del capitalismo o un estado de transición, es decir, una señal de que todo sigue igual o de que se avecina un colapso. Sus dos primeros libros

³⁸ David Harvey, *The Limits to Capital* [1982], Londres y Nueva York, 2006; ed. cast.: *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

³⁹ Will Louch, «Dealmaking Slowdown Leaves Private Equity with Record Unsold Assets», *Financial Times*, 11 de marzo de 2024; Robin Wigglesworth, «Private Capital Has Raised More Money than It Has Returned», *Financial Times*, 31 de mayo de 2024.

presentan el rentismo como una característica esencial del sistema, que bien puede durar indefinidamente. Sin embargo, hay pruebas que sugieren que el rentismo es, de hecho, una patología mórbida que ya está desestabilizando la acumulación y que amenaza la autorreproducción del capital. Durante los próximos años, la intensificación de estas convulsiones sistémicas puede equivaler a lo que los regulacionistas franceses llaman una *grande crise*, que exigirá una importante reorganización institucional. Lo que está en este caso en juego es la hegemonía misma del sector financiero, que se antoja cada vez más vulnerable a pesar de las impresionantes carteras de los gestores de activos. Suponiendo que una alternativa ecosocialista sigue siendo inalcanzable en estos momentos, hay que considerar al menos dos posibles escenarios.

El primero es que el rentismo sea desplazado por una nueva forma de capitalismo, más competitivo y más intensamente dirigido por el Estado, capaz de dinamizar la acumulación de capital productivo y de realinear las posiciones acreedoras financieras para permitir su valorización efectiva. Bajo el látigo de la competencia exterior, en particular por el auge de China, las potencias occidentales podrían adoptar una política industrial más agresiva en un intento de mantener sus posiciones en el sistema mundial. Sin embargo, se enfrentarán a numerosos obstáculos: la disminución de los recursos y de las competencias públicas para disciplinar al sector privado, el tremendo reto de gestionar la desvalorización del capital sobreacumulado, con todas sus consecuencias económicas, sociopolíticas y geopolíticas⁴⁰, y la extrema aceleración de la crisis ecológica.

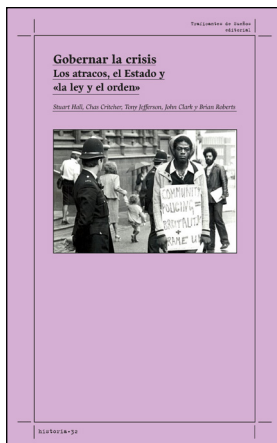
La segunda posibilidad es que los intereses rentistas y monopolistas sigan imponiéndose en una sociedad cada vez más desigual, autoritaria y estancada, cuyas estructuras políticas irán mutando paulatinamente hacia una forma oligárquica institucionalizada. El capital ficticio sobreacumulado permanecerá congelado y sin invertir y la mercantilización dejará de ser el vector que permita obtener beneficios del trabajo abstracto. En su lugar, un pequeño estrato de individuos cada vez más ricos aprovechará las nuevas tecnologías para asegurar sus rentas y reproducir sus fastuosos estilos de vida en un mundo cada vez más degradado y militarizado. Mientras nos preparamos para defendernos ante estas perspectivas, el cuarteto dinámico de Christophers constituye un punto de partida vital.

⁴⁰ Cédric Durand, «El retorno viciado de la política industrial», *Sidecar/El Salto*, 18 de mayo de 2023.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



Gobernar la crisis

Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»

Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson,
John Clark y Brian Robert

Colección: historia 32

PVP: 30 €

Este libro es un cuadro agudo y penetrante, seguramente la mejor historia social de Reino Unido para las décadas de 1960 y 1970, en la que desfilan la crisis de las relaciones laborales y la explosión de huelgas del periodo, la parálisis del laborismo convertido en aparato de administración del ciclo de acumulación, el desarrollo y la represión de la contracultura británica, el Ulster, los atentados del IRA y la Angry Brigade, la emergencia de los primeros movimientos sociales, el advenimiento de la nueva derecha que luego dirigirá Margaret Thatcher, pero sobre todo la formación y posterior politización de las comunidades migrantes, principalmente las afrocaribeñas. Sobre la base de las formas de vida de este proletariado negro, parcialmente expulsado en la crisis del empleo regular, este libro muestra el perfil bifaz de la represión del Estado y de unas formas de vida que pasan de la marginalidad y la pequeña delincuencia a estar protagonizadas por una creciente militancia. En conjunto, *Gobernar la crisis* se presenta como uno de los mejores análisis de la forma de la crisis en las sociedades capitalistas avanzadas.